

ALLÍ DONDE EL SILENCIO

Federico Abad

ALLÍ DONDE EL SILENCIO



SAPERE AUDE

Federico Abad

ALLÍ DONDE EL
SILENCIO



NOVELERÍA

Grandes pequeñas historias

Allí donde el silencio

FEDERICO ABAD

Ilustración de cubierta:

Paco González

Editorial Sapere Aude
COLECCIÓN NOVELERÍA
www.editorialsapereaude.com

© 2020 Federico Abad
© 2020 EntreAcacias, S.L. (de la edición)

EntreAcacias, S.L.
[Sociedad editora]
c/Palacio Valdés, 3-5, 1º C
33002 Oviedo - Asturias (España)
Tel. (centralita): (34) 984 300 233
info@editorialsapereaude.com

1ª edición: noviembre, 2020

ISBN (edición impresa): 978-84-18168-29-1

ISBN (edición digital): 978-84-18168-30-7

Depósito Legal: AS 01274-2020

Impreso por Podiprint
Impreso en España

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Con el fin de evitar la extraordinaria aglomeración en los Cementerios, observada en años anteriores, que siempre daba lugar a invasiones poco respetuosas para la paz que debe existir en estos lugares de meditación y máximo respeto, esta Jefatura de Orden Público ha dispuesto quede terminantemente prohibida la entrada a los mismos [...] durante los días uno y dos de Noviembre, fiesta de todos los Santos y conmemoración de los fieles Difuntos, quedando también prohibido en los citados días el exorno de panteones, bovedillas y sepulturas.

Guión, 29/10/36

TRANSCRIPCIÓN DE LA CINTA. JULIO DE 1975 A JULIO DE 1976.

Superar las oposiciones de magisterio significó una ruptura con todo lo que constituía mi vida hasta entonces. Cuando llegó el momento de solicitar destino, estuve tentado de marcharme a la otra punta del país y, aunque mi madre me rogó que no lo hiciera, elegí Las Cumbres de San Calixto, a 115 kilómetros de la capital, porque no había otra localidad más lejana dentro de la provincia. El pueblo se hallaba además muy mal comunicado, y yo no tenía vehículo propio, ni siquiera permiso de conducir: me daba pánico. En resumen, se trataba de una coyuntura propicia para no tener que volver con mis padres los fines de semana.

Pero aquella no solo fue una ruptura con mi casa, sino también con Alicia, mi novia. Alicia y yo habíamos sido compañeros de facultad; comenzamos a salir durante el segundo curso de la carrera. Era una chica adorable; aunque tenía que lidiar a menudo con ciertas rarezas mías que prefiero omitir, jamás me amenazó con abandonarme. Sin embargo, recién aprobadas las oposiciones me sobrevino un fuerte estado de excitación que solo años más tarde interpreté como una de mis primeras fases maníacas. De repente comprendí que ya no necesitaba seguir estudiando, que aquello se había acabado, y que en pocos meses contaría con mis propios recursos. Me sentí libre y poderoso, enfermizamente poderoso diría yo. Todo cuanto me rodeaba, mi familia, mi hogar, mis colegas de estudios, mi vida cotidiana, se me antojaban restos de un pasado que ya no tenía por qué soportar, y en ese

lote entraba también Alicia. Lancé sobre ella un puñado de acusaciones estúpidas y le dije que no quería volver a verla. Consumí el resto del verano de un modo enfebrecido, apurando las noches en los escasos antros que por entonces existían en la ciudad, saturado de alcohol, marihuana y ácido. Y a mediados de septiembre, satisfecho por tal alarde de liberación, marché con mi equipaje de ilusiones hacia el placentero retiro espiritual de Las Cumbres. Allí donde el silencio. Pero eso lo supe después.

Salvo el puente de la Inmaculada, no regresé a la ciudad hasta que dieron las vacaciones de Navidad. Dos o tres días antes de fin de año salí a media mañana a resolver un papeleo en la delegación. Iba caminando por el paseo cuando me encontré con Alicia, aunque me inclino a pensar que fue ella quien buscó la forma de que se produjese dicho encuentro. No se le veía resentida en absoluto. Me propuso tomar un café para charlar sobre cómo nos había ido en los últimos meses. Me contó que había solicitado una beca en la facultad con objeto de estudiar los endemismos botánicos que se daban en la sierra donde se enclavaba el pueblo de Las Cumbres. “¿Qué te parece?”, me preguntó. Le expresé mi satisfacción por sus avances profesionales, y le dije que la idea del proyecto resultaba interesante, si bien —me apresuré a aclarar— esperaba que la elección de aquel paraje no tuviera nada que ver con el hecho de ser mi lugar de residencia, pues mis sentimientos no habían cambiado desde el verano. Ella se abstuvo de hacer más comentarios, pero en su mirada quise adivinar que su resolución era, en cualquier sentido, firme.

Un mes más tarde llegó una carta suya a mi casa del pueblo. Ignoro cómo había logrado saber la dirección, porque yo no se la había proporcionado. En ella me decía que la comisión de evaluación había aprobado el proyecto, y que tan pronto como el rector ordenara el libramiento se trasladaría a Las Cumbres. La noticia me supuso en ese instante una *cierta contrariedad* [he querido resaltar esta expresión de Eugenio porque en aquel momento no alcanzaba a comprenderla]. No obstante, le respondí con una breve nota en la que me limitaba a comunicarle mi deseo de que le fuese provechoso el trabajo.

Los sucesos de la casa de El Retamar ocurrieron, como sabes, el sábado 27 de marzo de 1976. Alicia llegó al pueblo el lunes siguiente. Recuerda que entonces teníamos la jornada de mañana y tarde, así que al mediodía me esperaba a la salida del colegio. Supongo que debió de llevarse una fuerte impresión cuando me vio. Yo estaba completamente trastornado. Al no encontrarme con ánimo para dar las clases les había pedido a mis alumnos que repasaran los últimos temas, aunque en realidad ellos tampoco sabían qué hacer; y es que el pupitre vacío de Carmen se dejaba sentir igual que una losa sobre nuestras cabezas.

Alicia me llevó casi a rastras al restaurante del hostel donde se alojaba. A fuerza de preguntas y más preguntas a las que apenas respondía con monosílabos logró enterarse de lo que había pasado. Recuerdo que pedí una tortilla y que no era capaz ni de acercarme un trozo a la boca. El camarero, los comensales, nadie nos quitaba ojo de encima. Ella quiso acompañarme al colegio. Le contesté que necesitaba estar solo, que ya volveríamos a vernos en otro momento, y salí de allí poco menos que huyendo.

El resto de la semana procuré no encontrarme con Alicia. De hecho cambié incluso el itinerario entre mi casa y el colegio a fin de no pasar cerca del hostel. El viernes, poco antes de que acabaran las clases, pude escuchar cómo Elena, la mejor amiga de Carmencita, susurraba algo sobre ella a otras dos compañeras. Al sonar el timbre le pedí que no se marchara aún. Tan pronto salieron los demás le pregunté qué sabía de Carmen. Con ciertas reservas me confesó que la había visitado aquella misma mañana. Le había dicho que se sentía mejor, pero que ya no volvería al colegio, al menos en lo que restaba de curso.

Por la noche, mientras se entremezclaban en mi cabeza escenas vividas durante la pasada semana con fogonazos de imágenes de sangre y violencia, la idea de poder hablar con Carmen Garrido emergió repentinamente con una urgencia imparable, de tal modo que a lo largo del sábado desembocó en una obsesión. Yo sabía que no era oportuno y, sin embargo, solo ella podría contarme algo de lo que pasó allí. Fue así como se me ocurrió lo de los *walkie-talkies*. En el colegio había uno que, aunque apenas se usa-

ba, servía para comunicarse con la sección de preescolar, que ocupaba un edificio independiente situado tres o cuatro calles más abajo.

El lunes, a la hora del recreo, busqué a Elena y le pregunté cuándo pensaba volver por casa de su amiga.

—No sé, quizá el próximo fin de semana. ¿Por qué? —fue su respuesta. Me sentí sonrojado al advertir que en mi interés había algo de malsano, pero me sobrepuse casi en el mismo instante.

—Te voy a pedir un favor, un favor muy importante para mí. Tú sabes de sobra el aprecio que siento por Carmencita, y creo que en estos momentos tan difíciles para ella le sería de gran ayuda escuchar unas palabras de aliento de su maestro.

Poco a poco, eligiendo las frases con mucho tacto, fui ganándole terreno a su reticencia inicial, de manera que al término de nuestra conversación había logrado arrancarle la promesa de acudir el miércoles por la tarde a la mansión de los Valverde con el intercomunicador en el bolso. No quería que transcurriese más tiempo, porque el viernes comenzaban las vacaciones de Semana Santa.

Llegado ese día, después del almuerzo o, mejor dicho, tras tomar unas cuantas cucharadas de sopa entre arcadas, me pasé por el parvulario. Como la cancela estaba abierta y la portera apuraba la siesta hasta el último instante, no tuve ningún problema en coger el primer aparato y depositarlo en mi cartera. Para el segundo hube de aguardar a que acabaran las clases y se marchara la directora. Una vez que tenía los dos *walkies* en mi poder, bajé al paseo de los Peligros, donde me esperaba Elena. Con el mayor disimulo posible metí uno de ellos en su bolso, pero hacerlo allí fue una temeridad: el calor de los días anteriores había remitido, y el lugar, a raíz de los recientes homicidios, había adquirido cierto morbo para los ancianos del pueblo, que no tenían nada mejor que hacer que pasarse las horas sentados en los bancos. Es bastante probable que a alguno de ellos le llamara la atención aquella cita inusual.

Sobre la conversación que mantuve con Carmen no tengo más información que añadir a la que te facilité en su momento. Sí es

cierto que, por temor a no captar la señal, en lugar de hablar desde mi casa lo hice desde un callejón próximo a la casona de los Valverde, donde aguardé a que Elena me devolviese el aparato. Una estupidez que sumar a las anteriores, y que acabaría por costarme muy caro.

Y aún me esperaban nuevos contratiempos. Por la mañana, al regresar al parvulario, la portera estaba regando los arriates. Como me había visto llegar no me quedó otro remedio que entablar con ella un diálogo inverosímil, en el que además no podía ocultar mi nerviosismo, y posponer hasta el mediodía la devolución del *walkie* al estante de donde lo había retirado. En el edificio principal, en cambio, sí tuve tiempo de soltar el aparato en el despacho de la directora antes de que ella entrara, pero dio la maldita casualidad de que nuestro portero echó mano de él justo cuando me hallaba en el laboratorio con el grupo de séptimo, cuyos alumnos —no podía ser de otro modo— estallaron en carcajadas mientras yo abría atolondradamente la cartera y lo apagaba.

Por la tarde me encontré con Alicia en la calle. Yo volvía de hacer la compra, y ella venía del campo, con la mochila cargada de frascos de semillas que se apresuró a enseñarme. Evitó reprocharme que no hubiese querido verla desde el día de su llegada; sin embargo advertí en sus labios esa rigidez que se manifestaba siempre que algo le preocupaba demasiado.

—¿Tienes algún problema? —le pregunté.

—No, no me pasa nada. Es..., bueno, es esa especie de inquietud que noto en el ambiente, en la forma en que me miran y guardan silencio cuando estoy cerca —fue aproximadamente su respuesta. Y prosiguió—. Lo que más me desagrada es que creo que lo hacen porque me relacionan contigo.

Pero yo tenía pocas ganas de hablar. La tensión de las dos últimas jornadas se había acumulado sobre la que ya arrastraba, y lo único que me apetecía era llegar a casa y tumbarme en el sillón a leer la prensa, plagada en aquellos días de rumores y especulaciones en torno al anunciado congreso de la UGT en Madrid. Alicia me preguntó si pensaba pasar las vacaciones con mis pa-

dres. Le contesté que no, que prefería no verlos en aquellas circunstancias.

—¿Almorzamos juntos mañana? —propuso. Dudé por un instante, pero finalmente accedí a que me recogiera a la salida de clase.

Serían más o menos las diez de la noche cuando llamaron a la puerta de mi casa. Yo estaba en la cocina preparándome la cena. “¿Qué querrá esta ahora?”, me dije malhumorado mientras cruzaba la sala de estar. Pronto salí de mi error, porque en el vano de entrada, recortadas sus siluetas contra la mortecina luz de la calle, aparecieron las figuras de dos hombres corpulentos, las de los tíos gemelos de Carmen Garrido.

—Queríamos hablar con usted —dijo uno de ellos. Me hice a un lado, les pedí que pasaran y les ofrecí asiento—. No, no hace falta —continuó diciendo con sequedad. Y de inmediato su hermano me lanzó la primera pregunta.

—¿Es cierto que estuvo usted hablando ayer con Carmencita por un transmisor?

Tragué saliva y contesté sin dudar

—Sí, así es.

—¿Y se puede saber para qué quería usted hablar con ella?

—Simplemente trataba de interesarme por su estado de ánimo —respondí—. Es la mejor alumna del centro, y había oído comentar a sus compañeros que ya no iba a volver a clase. Pensé que a lo mejor lograba persuadirla de que le convendría recuperar su vida normal.

—Por lo visto usted piensa mucho, ¿verdad? —Avanzó dos o tres pasos hacia mí. De inmediato percibí la acidez de su aliento. El hermano también cambió de posición para observarme de perfil.

—Bueno, supongo que no más que el resto de la gente —y aunque pretendiese hablar con calma sentía un irrefrenable temblor en mi voz. Daba igual lo que dijera; estaba convencido de que aquello no marchaba bien.

—¿Pues sabe usted lo que dicen en mi casa? —el volumen de su voz se elevaba por momentos—. En mi casa se ha dicho siem-

pre que quien piensa mucho, quien está todo el día dándole vueltas a las cosas, acaba por volverse loco —enfaticó estas últimas palabras apretándose el dedo índice contra la sien. No apartaba sus ojos de los míos. El espanto amenazaba con paralizarme. Intenté superarlo con alguna observación neutra.

—Vale, es una opinión.

—¿Tú has oído eso? —dijo mi interlocutor volviendo la cabeza hacia su hermano. Y con la boca floja hizo un remedo de mis últimas palabras— “Es una opinión, es una opinión...” ¿Qué te parece?

—Este tío es gilipollas, ¿no te estás dando cuenta? Dale ya un par de hostias, venga.

Sin esperar a que acabara la frase, me pegó tal bofetada que di varios traspiés y caí de espaldas contra la estantería. Libros, revistas, cuadernos, todo se desparramó por el suelo. Traté de escabullirme hacia la puerta, pero el otro hermano me había cortado el paso. Sentí su puño hundiéndose en mi vientre, y en el siguiente segundo el puño opuesto me partió de un solo golpe el tabique nasal y el labio superior. Me llevé las manos a la cara. Noté cómo manaba la sangre, caliente y abundante. Ahora era el primer gemelo, el del interrogatorio, quien me propinó un puntapié en el costado que me dejó tumbado y sin respiración. Oía cómo me gritaban enloquecidos, pero no entendía lo que decían; solo escuchaba el horrible silbido de mis propias bocanadas, unas bocanadas inútiles, porque el aire se resistía a entrar en mis pulmones. Y mientras tanto, mientras me mantenía acurrucado, no cesaban de llegarme patadas por todas partes: me pateaban la espalda, las piernas, los hombros, las nalgas, la cabeza. Creía que iban a seguir así, sin parar ni un solo instante, hasta que me vieran muerto. Pero me equivoqué. Hubo un momento, no sé cuánto tiempo habría pasado, en que cesaron los golpes.

—Míralo —dijo uno de ellos—. Vaya mierda de tío. ¡No sabe ni defenderse, cojones! Pero ¿cómo ha podido venir a parar este hijoputa a nuestro pueblo? Fíjate, fíjate cómo llora. Si parece una niña, me cago en la puta —y empezaron a reírse. Soltaban unas risotadas enormes.

—¿Le hacemos el polo? —propuso el otro.

—Oye, qué buena idea, ¿por qué no? Vamos a hacerle el polo. Anda, sujétale tú la cabeza.

Yo no veía lo que estaba haciendo, pero mientras el que había tenido la idea me apretaba la nuca contra el suelo oí un chasquido metálico. Mi cuerpo se puso a dar sacudidas: era un acto involuntario que no podía controlar. Tampoco sirvió de nada, porque acto seguido el otro se sentó a horcajadas sobre mi estómago. El que me sujetaba el cráneo llevó esa mano a mi frente, y usó la contraria para separarme las mandíbulas de modo que su gemelo pudiera introducirme el cañón de la pistola en la boca. La cara me quemaba, sentía como si mis ojos estuvieran a punto de saltar de sus órbitas.

—Bueno, bueno, bueno. ¿Vas a ser un niño obediente? Mira que en este pueblo no queremos gente rebelde, ¿eh? —Yo trataba de asentir desesperadamente con la cabeza, aunque el otro gemelo la atenazaba con todas sus fuerzas.

—No contesta —indicó este último—. A lo mejor es que se ha quedado sordo por las patadas. Ya te dije que no le pisotearas las orejas, que luego no podemos entendernos. En fin, sigue hablándole, a ver si al menos te lee los labios.

—De acuerdo, probaremos de nuevo. ¡Mírame, coño! —gritó, y continuó hablándome despacio, silabeando, moviendo grotescamente los labios— ¿Vas a seguir pensando, eh, o vas a dejar de pensar? Ya sabes lo mal que te sienta pensar tanto. —Y empujó el cañón hasta la garganta. Comencé a dar unas arcadas horrosas, los espumarajos me corrían por el cuello; era absolutamente imposible responderle. Levantó la cabeza y se dirigió a su hermano— Yo no creo que esté sordo. Para mí que este tío es tonto.

—¡Qué pena, es tonto! —exclamó con sorna—. Pues si es tonto, peor para él; no queremos tontos en el pueblo. Anda, dispárale ya y vámonos, que estamos trabajando más de la cuenta.

—¿Le pego el tiro entonces? —Sacudió el cañón dentro de mi boca, golpeándome los dientes. Me puse a patalear. Me golpeó los testículos con el puño que tenía libre— ¡No patalees, cabrón, que eso sí que no lo soporto!

—¡Claro que sí! ¡Venga ya, coño!

—Bueno, maestro. Se te acabó la vida...

Es lo último que recuerdo. Cuando recuperé el conocimiento apenas podía moverme del dolor. No se oía nada. Abrí los ojos lentamente. Mi visión era muy borrosa, pero no detecté el menor movimiento: se habían marchado, la puerta estaba cerrada. Tardé una eternidad en incorporarme. A pesar de notar todas las articulaciones entumecidas no parecía que se me hubiese fracturado ningún hueso. Con pasos lentos, tropezando contra los libros y demás objetos, llegué hasta el baño para verme en el espejo. La imagen de mi rostro me impresionó. Tenía, efectivamente, la nariz rota. El labio superior estaba tan inflamado que tapaba el de abajo. También tenía partidas las cejas, y un derrame oscuro en un ojo. Sentía una gran tirantez en las mejillas a causa de la sangre reseca. Empecé a lavarme la cara, pero me dolía demasiado. Miré el reloj de pulsera: su cristal se había partido y estaba parado. De repente recordé que acaba de encender el fuego de la cocina cuando llegaron los visitantes. Entré en ella y lo apagué. Me volví para mirar el reloj que había sobre la puerta: eran más de las dos. Luego fui directamente al dormitorio y, tras quitarme solo los zapatos, me metí entre las sábanas. Me pasé un largo rato llorando antes de dormirme.

A partir de ahí todo lo que recuerdo se me hace muy confuso. Estuve debatiéndome en una duermevela larga, inacabable. A veces me despertaba dando voces; otras, gimoteando. Percibí la luz del día a través de los postigos entornados, y aun así mi mente no acertaba a escapar del sopor en que se veía sumida. Además, la tumefacción de mis músculos me producía un intenso dolor incluso cuando trataba de darme la vuelta.

En una de las breves pero recurrentes pesadillas en las que me sumergía golpeaban de nuevo la puerta. Soñaba que me metía en un cajón del armario, un cajón más grande de lo habitual aunque demasiado angosto para mi cuerpo, y que por medio de un gancho lograba cerrar la puerta del armario. Pero a continuación era esta la puerta que aporreaban, cada vez más fuerte, con tanta fuerza que incluso la sentía astillarse. Luego escuché cómo repe-

tían mi nombre. Se oía a lo lejos, era una voz femenina la que me llamaba. De pronto me di cuenta de que correspondía a Alicia, y que su voz no procedía del sueño, sino que estaba llamándome a gritos desde la calle.

Hice un gran esfuerzo por hacerme oír, pero mucho mayor fue el que tuve que realizar hasta que pude levantarme y comenzar a caminar apoyándome en las paredes. Al verme, Alicia lanzó un chillido y se arrojó sobre mí. La siguiente sensación que tuve fue la humedad de sus lágrimas sobre mi cuello.

Por desgracia el estado de aturdimiento en el que me encontraba sumido no iba a ser algo pasajero. Aún tardaría un tiempo en advertirlo, pues me lo impedía precisamente la dislocación de mi propia conciencia. Recuerdo, eso sí, retazos relevantes de lo que sucedió después. Recuerdo las curvas de la carretera por la que el coche de Alicia circulaba a toda velocidad camino del hospital comarcal de Azulejos, y recuerdo también el color macilento de la habitación en la que, según me contó Alicia, permanecí solo un par de días en observación. Antes de darme el alta el doctor propuso avisar al cuartel de la Guardia Civil para que vinieran a tomarme declaración y a conocer el informe de las exploraciones.

—No se moleste, yo mismo provoqué la pelea —respondí lacónicamente sin hacer caso al gesto de irritación de Alicia.

El médico alzó las cejas, ladeó la cabeza y acabó diciendo

—Como usted quiera. Pero tenga cuidado; si se mete en otra como esta puede que no salga vivo.

Cuando el médico se marchó, Alicia y yo nos enzarzamos en una discusión grotesca y desagradable a la vez. En sus palabras afloraba una mezcla de profunda tristeza, de enfado y de consternación.

—Qué más quisiera que cuidarte yo sola, cariño, pero debemos ser realistas. Ahora mismo —se obstinaba en afirmar— necesitas atención constante, ¿y dónde la vas a tener mejor que en casa de tus padres? En esta situación volver al pueblo sería una locura.

Frente a su propuesta, mi estado de semilucidez me hacía balbucir y emberrincharme igual que un niño asustado.

—¡Con mis padres no, te lo ruego, con mis padres no! —así una y otra vez. Me imagino lo deplorable que debió de ser aquello.

Al final no tuvo más remedio que doblegarse ante mi enfermiza obstinación, de modo que me llevó de vuelta a Las Cumbres, pagó la cuenta en el hostel y se vino a mi casa para atenderme. De hecho interrumpió incluso la recogida de muestras en el monte porque no se fiaba de dejarme solo. Se pasaba todo el día pendiente de mí, y procuraba hablarme de cosas agradables evitando, por ejemplo, mencionar el desdén con el que la trataban en las tiendas, pues a la dueña del hostel le había faltado tiempo para difundir la noticia de que ya no se alojaba allí. Sin embargo mi fase depresiva se ahondaba más y más. Sentía como si me internara en las catacumbas de la desesperación.

La madrugada del viernes santo, mientras ella dormía en la cama de al lado yo me revolvía, según era ya habitual, entrando y saliendo de pesadillas pobladas de charcos de sangre, cadáveres y mutilaciones. Pero lo que sucedió en un momento dado no fue un sueño. Estaba despierto, amodorrado. Tenía calor, por lo que había echado a un lado la colcha y había dejado los pies y los brazos colgando fuera del colchón. De súbito noté sobre ellos unas manos tendinosas que, saliendo por debajo del lecho, me atenazaban arrastrándome a la vez hacia lo que yo imaginé que era un pozo abierto bajo la cama. Al tiempo que emitía un grito desgarrador di un brinco, crucé la casa como una exhalación y me lancé a la calle en una carrera enloquecida. Corría sin rumbo, probablemente sin cesar de gemir. La procesión del Silencio, que hacía estación de penitencia a esas horas, se aproximaba ya a la parroquia de Santa María, y aunque no llegué hasta donde estaba, sí me vi de pronto chocando contra algunos vecinos que regresaban en grupos a sus hogares, lo que ocasionó un enorme alboroto.

Tuve la suerte de que entre estos paisanos se hallase Rosendo, el padre de uno de mis alumnos, un hombre resuelto y comprensivo que supo interpretar de inmediato el delirio que me empujaba con tan irreprimible excitación. Obviamente no recuerdo sus palabras, pero sí retengo la reconfortante sensación de su abrazo

mientras me conducía de vuelta a casa. En aquel patético trayecto nos encontró Alicia. Había salido tras de mí sin pararse siquiera a ponerse algo sobre el camión, y al perder mi rastro había estado vagando como alma en pena por todo el pueblo.

Los días siguientes supusieron mi derrumbe definitivo y el consiguiente desaliento de Alicia, cuyo papel de espectadora única de mi naufragio no le ofrecía otro consuelo que acompañar con su llanto el inmutable silencio en el que había acabado por encerrarme. En efecto, yo había llegado a asumir de un modo siniestro la actitud de los tres monos japoneses de Nikko: no ver, no oír, no hablar. Se me pasaban las horas acurrucado en el sillón, con los brazos en torno a las piernas flexionadas y el semblante perplejo del espanto. No comía, no dormía. Ni siquiera quise ir a pedir la baja médica cuando se reanudaron las clases.

Una mañana, después de lavarme ella misma, Alicia me puso desnudo frente al espejo y alzó mi barbilla para obligarme a contemplar mi figura.

—Mírate —dijo—, observa la forma de tus costillas, tus clavículas, los huesos de tu cara... Cielo santo, Eugenio, ¿cuántos kilos has perdido? ¿Quince, veinte? ¿Adónde quieres llegar? Como ellos no te quitaron la vida has decidido hacerlo tú mismo. Eso significa que estás de su parte, que eres uno de los suyos.

A través del reflejo en el cristal la miré a los ojos. Se secó una lágrima que le corría por la mejilla. Luego prosiguió:

—Mañana nos vamos a la ciudad. No, no te llevaré a tu casa, quiero que ingreses en el hospital psiquiátrico. Lo tengo todo preparado; solo falta tu consentimiento.

Así fue como acabó mi estancia en Las Cumbres y también, ya no hay razón para ocultártelo, mi trabajo como maestro. En el coche, de regreso a la ciudad, abandoné por un momento el mutismo.

—Quiero que me hagas una promesa, Alicia. Prométeme que harás todo lo que esté en tu mano con tal de averiguar qué fue lo que pasó en Las Cumbres. Y por qué pasó.

—Ten la certeza de que no pararé hasta conseguirlo —aseguró al tiempo que acariciaba mi mejilla con el dorso de su mano. Y

continuó diciendo—. Esa decisión la tomé el mismo instante en que vi lo que habían hecho contigo.

Las situaciones desagradables no acabaron con nuestra marcha del pueblo. La siguiente tuvo su origen en mi propia familia. Apenas obtuve el ingreso en el sanatorio mental, Alicia quiso que me enfrentara a la necesidad de comunicárselo a mis padres, lo que dio lugar a un nuevo brote histérico que obligó a los enfermeros a inyectarme una fuerte dosis de tranquilizante. Pocos días después Alicia y el doctor que llevaba mi caso se reunieron conmigo y, con mucho tacto, lograron que lo asumiera. Tratándose de un asunto tan delicado, en lugar de hablar por teléfono Alicia optó por presentarse en mi casa. La reacción de mis padres no fue nada comprensiva hacia ella, y en el caso de mi madre, que había hecho recaer en Alicia la culpa de nuestra separación, llegó incluso a la agresividad. Aunque ellos no quisieron reconocerlo ante mí, algunas semanas más tarde mi exnovia admitió que la habían expulsado literalmente de la casa. Claro está que desde su primera visita al sanatorio quedaron convencidos de que no existía otra solución. Pero entonces reelaboraron su resentimiento contra Alicia desde la siguiente óptica: había obrado correctamente al pedir mi ingreso en el psiquiátrico, si bien lo había hecho para compensar el remordimiento de ser la causante de mi enfermedad.

En cualquier caso, la fortaleza de ánimo de Alicia le permitió encajar tal desaire como la simple expresión de unos padres frustrados ante la severa dolencia de su hijo, un hijo que además había hecho patente su desapego hacia ellos. Cumplido el amargo trance, su primera resolución fue regresar a Las Cumbres, no tanto con la intención de proseguir su estudio cuanto con la idea de servirse de él como pretexto para hacer aquellas indagaciones a las que mi actitud pusilánime me había hecho renunciar. En vez de alojarse en el hostel, buscó a los propietarios de la casa que había ocupado Wolfgang y consiguió que se la alquilaran. Ni ella misma sabía qué esperaba encontrar allí, y a decir verdad no encontró la menor pertenencia del pintor, pues todo había sido

retirado por la Guardia Civil, o al menos eso fue lo que contaron los caseros.

La determinación de no residir en el hostel se explicaba también por otra causa: su confianza en que el rumor se comporta de la misma manera que una energía contenida que tarde o temprano acaba por aflorar. Al tener que prepararse la comida podía justificar su presencia cada mañana en el colmado, en la panadería o en la lechería, a la hora en que se congregaban más amas de casa; una estrategia que le permitió conocer todas las dolencias reales o imaginarias de las clientas, así como los pretendientes de sus hijas o los empleos temporales de sus maridos, pero nada que tuviese que ver con los Valverde, sus desgracias familiares o la conducta agresiva de los gemelos. Por otra parte Alicia era una excelente fotógrafa, y gracias a la conveniente administración de sus ahorros había logrado hacerse el año anterior con un equipo del que pocos aficionados podían disfrutar en aquel tiempo. Después de analizar con detenimiento los lugares más adecuados para pasar desapercibida, montó un potente teleobjetivo en su réflex y se dedicó entre tanto a sacar instantáneas de todos los integrantes de la familia, ya fuese a la salida de misa o en sus idas y venidas desde el propio domicilio. Bueno, no de todos, porque Carmencita seguía sin aparecer.

Naturalmente Alicia también se había planteado seguir los movimientos del único protagonista vivo y visible de la tragedia de El Retamar. No le pasó por alto el hecho de que cada semana, con escrupulosa puntualidad, acudiera fray Venancio a la mansión de los Valverde; pero de igual manera prodigaba sus visitas a los hogares de otros miembros de la comunidad, entre ellos el boticario, el alcalde y el capataz de la finca. La joven frecuentaba la iglesia para analizar sus homilías, e inventó unos cuantos pecados a fin de observar sus reacciones en el confesionario. Llegó incluso a encargarle una misa en el aniversario de la muerte de su padre —bien vivo, por cierto— pensando no solo en cultivar su trato, sino en escudriñar la sacristía y el despacho parroquial. Todo fue inútil. En público o en privado, fray Venancio dio en cualquier situación irrefutables muestras de una mansedumbre

sin límites. Que siempre actuase así o que hiciera gala de ella a raíz del homicidio cometido era algo que su observadora se quedó con las ganas de saber.

Al cabo de un mes, más o menos, Alicia comprendió que no tenía sentido prolongar la estancia en el pueblo. Lo último que hizo fue cursar una visita al juzgado de instrucción de Azulejos, la capital comarcal, donde le comunicaron que se había decretado el secreto del sumario. Esto acrecentó su sospecha de que alguien pretendía que se conociera lo menos posible del asunto, al tiempo que aumentó su desánimo por el infructuoso resultado de las pesquisas. Y por si no fuera bastante, el regreso a la ciudad le deparaba un nuevo contrat tiempo: alentado por mi madre, mi padre había obtenido del juez un certificado de enajenación mental. Con él podían disponer, como familiares directos, de las cautelas que ellos creyeran convenientes, siendo la primera, faltaría más, la prohibición de cualquier visita o llamada telefónica que no fuese la de ellos mismos. En el fondo aquel acto de maldad tenía sus ventajas. Las sesiones de electroshock a las que me estaban sometiendo, a razón de tres o cuatro por semana, me sumían en un estado de conmoción prolongada bastante similar a la imbecilidad, lo que sin duda le habría causado un impacto demasiado fuerte a Alicia.

Tratemos de entender la percepción que en este momento tenía ella del enigma al que se enfrentaba, tal y como lo describió con la lucidez que a mí me había faltado cuando más adelante se dio la oportunidad de hablar por teléfono. De entrada era absolutamente descabellado atribuir el móvil del robo al crimen cometido por Meier. Es impensable que una mujer que se ve obligada a vivir en unas condiciones precarias atesore una fortuna en joyas. No obstante, y suponiendo que fuera cierto, a cualquiera le parecería inverosímil que un extranjero recién llegado lo supiese cuando yo mismo, que me encargaba de la educación de los niños del pueblo, ni siquiera conocía la existencia de la abuela marginada. Y en todo caso carece de sentido recurrir al homicidio para hacerse con las joyas si a su propietaria, que apenas se

valía por sí misma, le resultaba poco menos que imposible oponer resistencia al hurto.

No, aquello era absurdo. Wolfgang había acudido apresuradamente a la casa de Laura, pero no para robarle. Entonces, ¿por qué la mató? Bien es verdad que la aparición del cura había tenido lugar en un momento sospechosamente oportuno y en una tarde demasiado calurosa para salir a la calle. Y aun así cabía mencionar dos elementos a su favor: que sus visitas a la inquilina no eran infrecuentes, y que la hora de llegada era la que habitualmente empleaba para visitar otros tantos hogares. Y de nuevo se topaba Alicia con el problema del móvil: no parecía haberlo para que fray Venancio quisiera deshacerse de alguien con quien ni siquiera mantenía trato. ¿Y si fuera él quién ejecutó a la abuela? ¿Él, precisamente él, una de las dos únicas personas que no la habían abandonado?

Sus intentos de obtener alguna conclusión respecto a la tarde de los hechos no conducían a ninguna parte. En cambio había algo cuya evidencia se manifestaba de un modo notorio: salvo la inapelable investigación de la Guardia Civil, los Valverde no se hallaban dispuestos a que nadie metiese las narices en sus asuntos, y mucho menos a que pudiera hablar con Carmencita. Pero tal actitud, a los ojos de Alicia, solo lograba alimentar la sospecha de que existía algún vínculo entre el rechazo de la familia a cualquier intromisión y la muerte de la abuela. El objetivo era, pues, saber en qué consistía dicho vínculo, y para aclararlo no quedaba otro remedio que escrutar la vida de aquel enigmático clan.

Entre las grandes virtudes de Alicia figuraba la capacidad de desenvolverse en diversos ámbitos, incluido el compromiso político. Este dinamismo se reflejó durante los años de carrera en la captación de militantes para la Joven Guardia Roja dentro de nuestra facultad, cuyo alumnado había estado hasta entonces bastante rezagado en la lucha antifranquista. Tan fructífera fue su labor que en las movilizaciones contra la ejecución del anarquista Puig Antich, en febrero de 1974, el comité de coordinación de nuestra universidad se nutrió fundamentalmente de estudian-

tes de Ciencias. Si estás preguntándote cuál fue mi participación en aquello, te diré que me limité a colaborar en tareas logísticas secundarias.

A su regreso a la ciudad Alicia recuperó el contacto con los círculos políticos de los que llevaba ausente unos cuantos meses. Fue así como una noche, después de beberse varias copas en una taberna del casco antiguo, acabó relatando nuestra odisea ante un reducido grupo de antiguos camaradas comunistas. Evitó no obstante hacer la más mínima mención a mi enfermedad mental y, en consecuencia, a mi paradero en aquellos momentos. La experiencia me ha demostrado que, si aún existe un tema tabú en nuestra sociedad, ese es sin duda el de la locura.

Entre estos camaradas se encontraba Juan Manuel Bastante, miembro liberado —no fichado por la policía— del maoísta PTE, el Partido del Trabajo, que integraba a la Joven Guardia Roja como rama juvenil. Bastante, tras cuya fisonomía de parroquiano rollizo y bonachón se ocultaba un genuino lince antifascista, no perdió un solo detalle de la narración de mi valedora, al final de la cual emitió un dilatado pero contundente veredicto.

—Todo lo que acabas de contar apunta a una misma dirección; es lo que Günter Liebermann define como la *violencia del silencio*. Tiene que existir una conexión entre la situación marginal de esa mujer y su asesinato: el aislamiento inmediato de la niña y la paliza que le dieron a tu novio por contactar con ella son pruebas inequívocas. ¿Y quién obligó a la abuela a pudrirse en la casucha de la finca? El abuelo, no lo olvidemos. Una vez repudiada, su esposa podría haberse marchado del pueblo; yo lo habría hecho en su lugar. Es más, su papel de madre le ofrecía aún cierto margen para ganarse el apoyo de los hijos, y sin embargo no ha sido así. ¿Por qué? —Y proseguía respondiéndose él mismo—: Por miedo, por puro miedo. En esa familia no hay lugar para la disidencia. No tenemos pruebas, pero me cabe la sospecha de que el extranjero murió cuando intentaba traspasar el muro de silencio. ¿Seguro que era austriaco? —Alicia se limitaba a afirmar con la cabeza. Bastante no se daba tregua— Bueno, quizá convendría asegurarse. Lo que no me encaja es la supuesta violación de la

chica ni el papel del cura en este embrollo. De todos modos yo comenzaría buscando información sobre el patriarca. Un tipo que rehúye el trato con sus vecinos y que, al mismo tiempo, maneja a los suyos igual que si fueran marionetas me da muy mala espina. ¿Y dices que se llama...? Valverde Muñices, Alfonso Valverde Muñices, eso es. Dame unos días de plazo. Lo mismo me entero de algo.

Alicia continuó trabajando durante todo el mes de junio en el departamento de Biología Vegetal, tarea que compatibilizaba con las diversas labores propias de cualquier activista. Lo mismo montaba una asamblea estudiantil a las puertas del rectorado que agarraba el cepillo y el cubo de cola y se ponía a pegar pasquines, o bien quedaba con los camaradas a medianoche para sembrar la ciudad de pintadas, pintadas que, debido al elevado precio y a la escasa disponibilidad de espráis, había que hacer a base de brochas y botes de pintura. El reparto en mano de octavillas encerraba sus riesgos, sobre todo si el que la recibía era un agente de la secreta o, peor aún, un matón de los Guerrilleros de Cristo Rey. Una solución muy ingeniosa consistía en trepar de madrugada al techo de cualquier furgoneta aparcada en la calle, verter una botella de agua y esparcir un buen puñado de octavillas. Horas más tarde, cuando el vehículo comenzaba a circular, los papeles se secaban y el conductor, sin quererlo, las distribuía por la ciudad.

Todo este tipo de *operaciones* se planeaban en un piso que uno de los miembros de la JGR había puesto a disposición de la organización. Allí tenían lugar, lo sé porque llegué a asistir en más de una ocasión, sesudos debates sobre teoría marxista y estrategia revolucionaria. En una de aquellas reuniones, creo que a principios de julio, un correligionario de Alicia le avisó de que Bastante había preguntado por ella.

—Me ha dicho que te pases por el bar que hay en la esquina de su bloque. Ya sabes, el que queda frente a los antiguos almacenes de la azucarera.

—¿Pero qué día, y a qué hora? —preguntó Alicia.

—Siendo entre semana, cuando quieras. Él baja sobre las nueve.

Alicia no lo pensó dos veces. Tomó el coche y en diez minutos se plantó en el bar. Nada más entrar, Juan Manuel Bastante le hizo una señal desde el fondo del salón. Con un nuevo gesto de la mano y un guiño le dio a entender que estaba acabando la partida de dominó. En un par de turnos se desprendió de las fichas que le quedaban, cogió su copa de vino y se llevó a Alicia a un extremo de la barra.

—Tengo noticias —anunció en un tono de satisfacción que no acertó a ocultar—. Debo confesarte que no ha sido fácil, pero al final lo conseguimos.

—Lo conseguisteis... ¿quiénes?

—Bueno, no creo que sea necesario dar nombres. Tú sabes de sobra que los antifascistas estamos por todas partes, por más que le pese a Girón y a su camarilla del búnker. El caso es que estuve tocando varias teclas, y la que sonó procedía del Ministerio del Ejército.

—¡No me digas que Valverde es militar! —Alicia se sentía tan entusiasmada que elaboraba su propia interpretación por adelantado.

—Sí. Bueno, no exactamente. Vayamos por partes. —Volvió a encender el puro que mantenía apagado entre los dedos, le dio dos o tres chupadas y continuó—. Alfonso Valverde Muñices, y me he cerciorado de que no hay más personas con esa identidad, nació en Huesca en 1899. Había cursado estudios de peritaje industrial, y se afilió a la Falange en mayo de 1934, lo que le permitió incorporarse al ejército golpista como alférez provisional. Con este perfil no es de extrañar que fuese uno de los primeros voluntarios en alistarse a finales de junio de 1941 en la División Azul, a pesar de que no era precisamente un chaval. Supongo que sería uno de esos locos devotos de Serrano Suñer. Además, como no estaba casado...

—¿Que no estaba casado? Pero entonces los hijos, la hija...

—Espera un poco. Valverde Muñices permanecía soltero, y al verse libre de ataduras familiares no tuvo otra cosa que hacer que marcharse con Muñoz Grandes en el primer contingente, hace ahora de eso treinta y cinco años justos; primero a Baviera,

donde pasaron varias semanas haciendo instrucción, y de Alemania a Polonia, desde donde continuaron a pie a lo largo de más de mil kilómetros hasta Smolensk. Su destino, si sabes algo de aquella historia, era el frente de Leningrado, en el que nuestro hombre combatió con el rango de capitán adscrito al tercer batallón del regimiento Barcelona. Entre el frío, los bombardeos y el fuego cruzado se dejaron allí la vida cerca de cinco mil españoles. Y uno de ellos, posiblemente, fue Alfonso Valverde.

—Pero entonces...

—Lo que sabemos con certeza sobre el capitán Alfonso Valverde Muñices es que no regresó a España ni tampoco se llegó a identificar su cadáver. O sea, que consta como desaparecido.

—¿Y no podría ser que hubiese vuelto de forma subrepticia?

—¿Un voluntario falangista? ¿Un héroe de guerra? Venga, mujer, no le busques tres pies al gato. El abuelo de la alumna de Eugenio es un impostor, de eso no hay duda.

Imagino cómo debió de reaccionar Alicia ante aquel relato. Probablemente le pasaron por la cabeza las mismas ideas que se me ocurrieron a mí cuando me lo contó.

—Supongo, Juan, que habrás sacado tus conclusiones. ¿Crees que se trata de un republicano oculto, o tal vez de un delincuente huido de la justicia?

—Uno de los nuestros no puede ser, estoy seguro, porque una suplantación de personalidad no es ninguna tontería; hay que tener contactos, muy buenos contactos. No sé si me sigues.

Alicia había captado el mensaje. Sin embargo, acostumbrada como estaba al análisis científico, necesitaba pruebas irrefutables de lo que acababa de oír. Estuvo un par de días dándole vueltas al asunto y al final elaboró su propia estrategia. Preparó el equipaje, llenó el depósito del coche y puso rumbo a Huesca. Conforme encontró alojamiento buscó en la guía telefónica el número del obispado y solicitó una entrevista con el vicario general de la diócesis. Dos días más tarde se presentó en su oficina, ataviada por supuesto con un conjunto muy recatado, en la línea de la vestimenta que solían llevar las teresianas del internado donde había cursado la EGB. Se hizo pasar por una licenciada en Histo-

ría que preparaba en esos momentos su tesis sobre los héroes de la División Azul, y escogió las expresiones que consideró ajustadas a la elocuencia más añeja:

—Tengo noticias de la valentía que demostró en los combates contra los comunistas un feligrés de esta diócesis, el capitán Valverde Muñices. Desgraciadamente, a dicho señor se le dio por desaparecido en el frente ruso. Si tuviese usted la amabilidad de indicarme en qué parroquia fue bautizado, quizás en ella podrían darme razón de algún familiar suyo que me ayudara a trazar una semblanza de este bravo soldado.

Una argumentación similar, aunque en un léxico mucho menos ampuloso, expuso Alicia aquella misma tarde en el despacho del párroco de San Lorenzo.

—Está usted de suerte, señorita —dijo el anciano cura—, porque la hermana de ese señor..., don Alfonso, eso es, la hermana de don Alfonso Valverde, sor Brígida, hizo votos religiosos en la orden de las Clarisas, y en la actualidad forma parte de la comunidad oscense. Es muy mayor, ya lo habrá supuesto, pero la cabeza le funciona mejor que a mí. Seguro que se alegrará al conocer su trabajo. ¿Sabe usted cómo llegar al convento? Se encuentra al final de esta misma calle.

Según habrás supuesto, Alicia llevaba consigo varias ampliaciones de las instantáneas que había obtenido del abuelo de Carmencita y que había estudiado concienzudamente en no pocas ocasiones, como si con ello lograra interpretar la oscura historia en la que se fueron moldeando aquellas adustas facciones. Por eso, desde el momento en que a través de la reja del monasterio vio aproximarse la figura rechoncha y renqueante de sor Brígida, asida al brazo de una novicia, ya sabía cuál iba a ser la respuesta. La anciana introdujo sus dedos temblorosos entre los pliegues del hábito, extrajo unas gafas y se las ajustó sobre el borde de la nariz. Una a una fue pasando las fotos, examinándolas con detenimiento, volviendo a revisar las anteriores.

—Me ha saltado el corazón cuando has dicho que mi hermano podría estar vivo, hija mía. Pero vuelvo a tener la tranquilidad de

que Dios lo acogió en su seno en aquel lejano lugar. Este hombre no es mi hermano Alfonso.

—Tenga usted en cuenta los treinta y cinco años que han transcurrido desde que lo vio por última vez. Son muchos años —repuso su interlocutora.

La monja sentenció tajante al tiempo que le devolvía las copias.

—Soy vieja pero no estoy tonta, chiquilla. Este señor no se parece a mi hermano ni por asomo.

Tan grande era la necesidad de Alicia de comunicarme lo que ya sabía con certeza que recogió su equipaje y condujo durante toda la noche de vuelta a nuestra ciudad. A su llegada se encaminó directamente al psiquiátrico, franqueó la entrada con alguna argucia que no quiso aclararme y acabó localizándome en el comedor, pues era la hora del desayuno. No se molestó en preguntarme cómo estaba; es más, ni siquiera se cuestionó que mi estado de conciencia pudiera impedirme entender lo que me contaba. Empujada por la excitación que traía, comenzó de inmediato a narrarme su hallazgo con una locuacidad desmedida. Cualquiera que la hubiese visto en ese momento habría pensado que era ella la loca y no yo. Sin embargo aquella escena no iba a durar demasiado. En apenas tres o cuatro minutos se presentaron dos enfermeros y la sacaron a rastras de allí.

¿Que cómo mantuvimos el contacto?, te preguntarás. La solidaridad y la disidencia, nuestras armas de futuro, se dan incluso en los sanatorios mentales. La violenta expulsión de Alicia provocó una reacción compasiva en un par de empleadas de servicio que se vieron involucradas como espectadoras, de un modo similar a lo que te sucedió a ti en el templo de Karnak. Fueron estas las que se ofrecieron a recibir las llamadas telefónicas de Alicia bajo un nombre ficticio —también ella participaba de la impostura— a determinadas horas en las que yo podía acudir a la cocina o a la lavandería sin levantar las sospechas de mis cancerberos. Si aquellas mujeres lo contemplaban como un episodio romántico, ¿por qué arrebatarles la ilusión? En el fondo, mis damas protectoras contaban con la perspectiva de la que se hallaba privado aquel despojo de Eugenio, un despojo humano sumido

en un abismo que le impedía ver lo terriblemente enamorado que estaba de Alicia.

Claro que también a ella le cegaba su propia actividad. Es más, en su obsesión por indagar no se estaba percatando de los riesgos que podía correr. El siguiente paso fue marchar a Azulejos para consultar en el registro de la propiedad los asientos inscritos sobre la finca de El Retamar y la casa solariega habitada por los Valverde. El penúltimo propietario de las mismas se llamaba Ignacio López de Lerma y Sánchez de Gracia. Según comentó Bastante mientras participaban en una de las manifestaciones pro-amnistía que entre la tarde del domingo y aquella del lunes se convocaron por todo el país, el tal López de Lerma había sido el último Conde de Casa Tomares, un aristócrata excéntrico y liberal que apoyó sin reparos la causa republicana, pese a que la constitución de 1931 invalidó su título nobiliario. No obstante, lo que no había llegado a hacer ningún gobierno republicano lo hicieron los franquistas poco después del golpe de estado: embargarle todos sus bienes y obligarlo a exiliarse durante una temporada. Se entiende así que las propiedades fuesen sacadas a subasta en 1946, momento en que las adquirió aquel que se hacía llamar Alfonso Valverde Muñices, y a cuyo nombre seguían estando registradas.

Como no tuvo tiempo de hacerlo el día anterior, el martes por la mañana volvió a Azulejos a preguntar en el juzgado si se había fijado fecha para la vista del caso de El Retamar. La respuesta del oficial fue seca y rotunda:

—No habrá vista. La causa ha sido sobreseída.

Alicia se quedó anonadada. Pero mientras el funcionario se daba la vuelta y continuaba con sus papeles, ella añadió:

—Eso significa, supongo, que el secreto de sumario ha quedado sin efecto.

—Supone bien.

—Entonces, ¿podría examinar el expediente?

—¿Ha visto usted muchos expedientes judiciales? —preguntó el oficial con sorna.

—No, ninguno hasta ahora.

—Ya me lo imaginaba. La solicitud del expediente tiene que realizarla su procurador. ¿No tiene procurador? Pues empiece por buscarse uno.

Y en eso se le fue el resto de la mañana. A poco de regresar la llamó la cocinera del sanatorio y le dio las instrucciones pertinentes para contactar conmigo, de modo que unas horas después pudo ponerme al corriente de lo que acabo de contarte. Sin embargo, y a pesar de mi insistencia en saberlo, ni entonces ni más adelante quiso decirme lo que se estaba gastando en viajes y alojamientos, a lo que pronto vendrían a sumarse los honorarios del procurador. Yo sabía que el importe de la beca era escaso; si a ello le agregamos que tenía que pagar el alquiler de un apartamento porque su familia no residía en la capital, el resultado es que estaba dilapidando los pequeños ahorros que había logrado reunir a base de trabajos ocasionales. Aun así no parecía importarle demasiado, pues al día siguiente, me dijo, se marchaba a Madrid para averiguar de qué datos disponía la embajada de Austria.

La información obtenida en la oficina consular compensó aquel traslado. En efecto el día 29 de marzo, la misma fecha en que Alicia llegó a Las Cumbres de San Calixto, el Ministerio de Asuntos Exteriores había contactado con la embajada para informarle de la presunta implicación de un súbdito austriaco en un doble delito y su posterior muerte en el día de autos, lo que se puso inmediatamente en conocimiento del Ministerio Federal de Interior de aquel país. Al término de esa misma semana, el consulado recibió un télex en el que se certificaba que no había constancia de que ningún ciudadano austriaco con la identidad y las características mencionadas hubiera viajado a España ni que se diese por desaparecido. La conclusión era obvia: la identidad de Wolfgang Meier también era falsa.

Fue tal el entusiasmo de Alicia por aquel nuevo descubrimiento que se apresuró a llamarme desde la primera cabina que encontró. Yo recibí la noticia con verdadera turbación.

—¿Te pasa algo? —me preguntó al comprobar que mi silencio se hacía demasiado prolongado.

—No, no es nada —le dije—, solo que no me lo esperaba.

Horas más tarde volvió a telefonarme, esta vez desde su apartamento, aunque entonces era su voz la que denotaba una profunda angustia. Y no resultaba injustificada si consideramos lo que acababa de sucederle.

—¡Eugenio, han entrado en mi casa, está toda revuelta!

—Pero... ¿quién? ¿Por qué? ¿Cómo han entrado? ¿Te han robado? —las preguntas se me agolpaban antes de recibir la respuesta.

—No sé, acabo de llegar y no sé... Voy a ver; ahora te llamo.

—¡Alicia, no, sal de ahí!

—No, tranquilo, no hay nadie. Te llamo enseguida —y colgó.

Cinco o seis minutos más tarde volvieron a pasarme el teléfono.

—Eugenio, se han llevado mi cámara, los negativos, las fotos. La ampliadora no, se ve que buscaban solo las fotos. La cerradura no está forzada, no sé si han usado ganzúa.

—¿Has notado que te estuvieran siguiendo?

—No, no he visto nada. Cómo me iba a imaginar que...

—Alicia, lárgate inmediatamente. Vuelve con tus padres, vete a casa de alguien, haz lo que sea, pero olvídate ya de la investigación. Déjalo ya, no podría soportar que te pasara algo.

—Voy a meter todo lo que pueda en el coche y me voy ahora mismo a casa de Julia. Te llamo mañana. Un beso, mi amor.

La siguiente llamada de Alicia se produjo el jueves por la tarde. Para entonces la leve recuperación que estaba experimentando yo en los últimos días, y que comportaba incluso la suspensión de la terapia electroconvulsiva, había fracasado por completo: tuvieron que volver a administrarme sedantes por vía intravenosa. Confieso que hice un esfuerzo enorme para que Alicia no se diese cuenta de mi ofuscamiento mientras me daba el nuevo parte del día. Y es que, si bien me hizo caso al trasladarse temporalmente al piso de aquella compañera, no cabía decir lo mismo respecto a las pesquisas. Por la mañana había llamado al procurador, quien le confirmó que ya disponía de una copia del sumario. No quiso aguardar a que se lo enviara, así que fue por terce-

ra vez a Azulejos para recogerlo ella misma. Un esfuerzo en vano, porque el contenido del sumario no proporcionaba más información que la que a mí me dio Carmen cuando hablé con ella a través del *walkie-talkie*.

El viernes por la noche, algunos camaradas del PTE y de la JGR se congregaron en la taberna de costumbre para especular sobre el programa político del nuevo gobierno Suárez. El gabinete se hallaba enfrascado a esas horas en un intenso debate tras el cual, ya de madrugada, anunciaría su compromiso con la ansiada amnistía. Como cabía esperar, Bastante volvió a interesarse sobre los últimos datos del asunto que seguía Alicia.

—Así que han sobreesido el caso. No me extraña; lo raro habría sido lo contrario —sentenció el activista.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Alicia, y Bastante respondió a su vez con una nueva interrogación:

—¿Tú crees que nuestro obispo iba a quedarse tan tranquilo viendo a uno de sus presbíteros sentado en el banquillo? Vamos, para que le toque un fiscal anticlerical y lo ponga en apuros. ¡Como no andan las cosas revueltas...! Con la Iglesia hemos topado, Sancho. O con algo peor todavía, quién sabe.

En ese momento, a Julia se le ocurrió comentar que tenía nueva compañera de piso (esto no me lo contó Alicia, sino la propia Julia años después). Alicia, que no había querido sacar a relucir el tema, la traspasó con la mirada. Los otros camaradas preguntaron a qué se debía el cambio.

—Ah, ¿pero no os ha contado nada Alicia? —dijo Julia, que después de la segunda copa de vino ya estaba un poco achispada—. El miércoles pasado alguien entró en su apartamento, lo puso patas arriba y se llevó la cámara y unas fotos.

Las sonrisas se borraron de los rostros de los presentes, pero a Bastante se le demudó la expresión.

—¿Cómo es que no nos has dicho nada de eso, Alicia?

—No quería preocuparos. Tampoco tiene tanta importancia —repuso con falsa indiferencia.

—Sí la tiene, compañera. Creo que ha llegado el momento de que te olvides del tema.

—¿Por qué, estás cagado? ¿Te preocupa que puedas verte implicado?

—No voy a negarlo, me preocupa. Tengo muchos más años que tú, y cuando he visto cosas de este tipo siempre han acabado mal. Hay mucho perro rabioso dentro y fuera de la policía. Recuerda lo que pasó el tres de marzo en Vitoria, o lo de Montejurra.

—Todo eso era distinto.

—No tan distinto. Lo mismo que te eché una mano al principio, ahora te pido que lo dejes. Hazme caso.

Pero Alicia no estaba dispuesta a poner fin a aquello. Más allá del compromiso que había adquirido conmigo, y a cuyo cumplimiento la obligaba su innato sentido del deber, la vertiginosa sensación de riesgo, que yo percibía al otro lado de la línea telefónica, actuaba en su interior como una sustancia peligrosamente estimulante. El siguiente domingo coincidía con el cuadragésimo aniversario del golpe de estado contra la República. Era el primer dieciocho de julio sin Franco y los maoístas Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre, GRAPO, habían hecho explotar veintiocho bombas en distintos puntos del país. Dos días después Alicia me anunció que a la mañana siguiente se marchaba a Teruel para tratar de comprobar si, tal y como se indicaba en el sumario, Laura Martín era oriunda de un pueblo de esta provincia.

La partida de Alicia coincidió con la decisión del doctor que llevaba mi caso de administrarme nuevas sesiones de electroshock. La primera de ellas me fue aplicada la mañana del jueves. Por lo visto tuve un problema respiratorio importante a causa de la anestesia, de manera que me mantuvieron en observación en la enfermería durante el resto de la jornada. El viernes, aunque continuaba fuertemente obnubilado, pude ya moverme libremente por el sanatorio. Tras el almuerzo me dirigí al salón para ver lo que contaba la televisión sobre los últimos acontecimientos políticos. Y fue precisamente en ese telediario donde dieron la noticia: la policía comenzaba a identificar a algunos miembros de los comandos participantes en el múltiple atentado del do-

mingo. Entre ellos figuraba una mujer de veinticinco años que, al tratar de ser detenida en la Nacional 420 a la altura de Salvacañete, había mantenido un tiroteo con las fuerzas de orden público a consecuencia del cual resultó abatida. Esa mujer era Alicia.

Recuerdo que en las horas siguientes mi cerebro se vio inundado por una lucidez espantosa, una sensación extraña hasta lo inconcebible. Incluso en los lugares en penumbra mi vista percibía con suma precisión los perfiles de los objetos, y cualquier ruido, cualquier voz, por muy lejanos que fueran, producían una sonoridad de infinitos matices. Todos los músculos de mi cuerpo respondían con movimientos de exactitud milimétrica. Estuve largo rato en la biblioteca, acariciando la superficie satinada de un volumen enciclopédico elegido al azar, deleitándome con el trazo de los caracteres, con los deslumbrantes colores de las ilustraciones. Luego salí al jardín y me pasé no sé cuánto tiempo vagando entre los fresnos y los abedules, siguiendo las rugosidades de su corteza con la yema de los dedos, escuchando el singular contrapunto del canto de los zorzales con el chirrido de las cigarras, reconociendo los relieves de los guijarros sobre los que se posaban mis zapatos.

A las ocho y media, cuando llegó la hora de la cena, en lugar de encaminarme hacia el comedor di un rodeo para entrar en la enfermería. El día anterior no hubo otros pacientes aparte de mí. En ese momento se encontraba vacía, pues el personal sanitario, como yo bien sabía, solía ocuparse de controlar la comida de los internos críticos. Los medicamentos disponibles en el botiquín de enfermería eran, en comparación con la farmacia general del hospital, una parte mínima. Pese a ello, la agudeza de mis sentidos me permitió localizar en pocos segundos tres frascos de Valium 50 que introduje en un bolsillo del pantalón antes de poner rumbo a mi dormitorio. Y allí, sin nadie que me molestara, de pie frente al lavabo, maravillado por la suprema dignidad de la escena que había elegido representar, ingerí entre sorbo y sorbo de agua hasta la última cápsula.

Mi excepcional lucidez adolecía no obstante de un fallo imperdonable. Antes de las diez de la noche, mientras preparaban los

servicios del desayuno, las camareras cayeron en la cuenta de que no había acudido a cenar. El aviso llegó de inmediato a los enfermeros, y supongo que en apenas unos minutos ya estarían sometiéndome a un lavado de estómago.

Lo que ocurrió a partir de entonces carece de interés para tu trabajo. Por otra parte la evocación de tantos horrores, ahora que al fin he conseguido enfrentarme a ellos, me está dejando extenuado. Por resumirlo en pocas palabras, la fase depresiva que siguió a aquello se convirtió en algo parecido a una noche sin fin de la que no consigo recordar prácticamente nada. No aceptaba alimentos, así que tuvieron que mantenerme con sonda nasogástrica. Eso duró más o menos hasta noviembre. Luego permanecí ingresado casi dos años más; me acuerdo porque pude ir a votar en el referéndum de la Constitución, y eso fue en diciembre del setenta y ocho.

Pero las crisis agudas volvieron a presentarse y, aunque mi madre se resistía a aceptarlo, finalmente hube de reingresar en el sanatorio. ¿He dicho “finalmente”? Bueno, para no faltar a la verdad te diré que me dieron el alta por última vez en 1991: todos los años transcurridos hasta entonces me los pasé entre el psiquiátrico y mi casa. Y como ya mencioné antes, nunca más pude volver a trabajar. Sin embargo la incapacidad laboral absoluta solo me fue reconocida doce años después de aquella historia. Una historia, según puedes ver, dibujada con los aterradores trazos de la locura y la muerte.